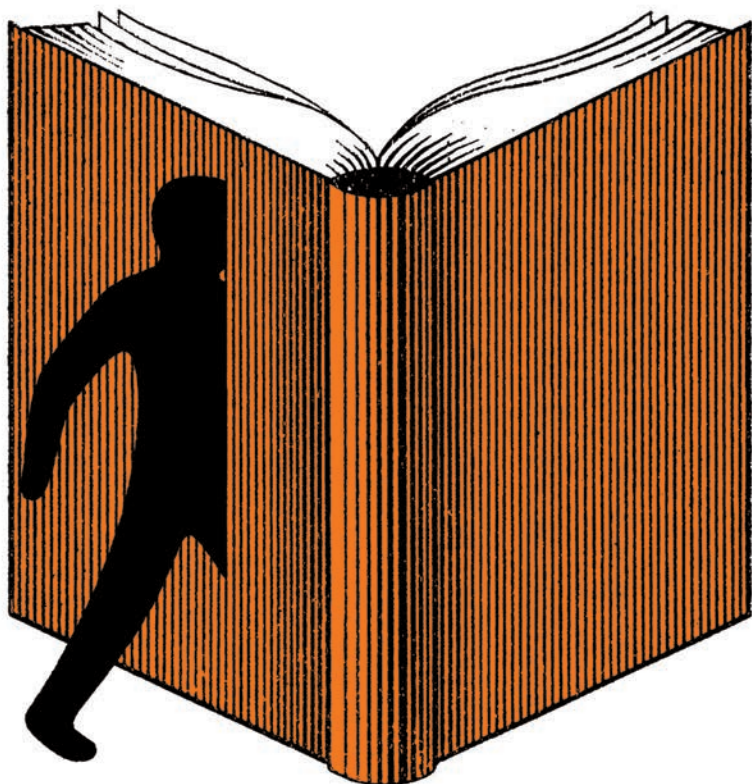


Seix Barral LOS TRES MUNDOS *Ensayo*



Javier Calvo

El fantasma en el libro





Seix Barral LOS TRES MUNDOS

Javier Calvo

El fantasma en el libro

La vida en un mundo de traducciones

© Javier Calvo, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-322-2579-6

Depósito legal: B. 1.372-2016

Composición: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

Jorge Luis Borges, «Las versiones homéricas» y «Notas sobre Ulises en Español»

© 1995 Maria Kodama

Licencia editorial para Seix Barral, S. L., cortesía de Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

El editor manifiesta la reserva de derechos de las obras citadas y expresa su disposición a rectificar errores u omisiones, si los hubiere, en futuras ediciones.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

7 *Introducción*

PRIMERA PARTE

AYER

- 21 1. La edad heroica
39 2. Un monte de Darién
71 3. El fantasma maleducado

SEGUNDA PARTE

HOY Y MAÑANA

- 107 4. Un mundo de traducciones
153 5. Harry Potter, traductor
179 *Bibliografía*
185 *Agradecimientos*

1

LA EDAD HEROICA

La Historia de la Traducción puede leerse como un cuento.

Su argumento sería bastante tradicional: la historia de una Caída. De lo sagrado a lo profano. De lo heroico a lo cotidiano. La traducción empezó siendo un oficio de príncipes y de sabios, que la usaron a menudo para cambiar la Historia. Después estuvo en manos de los poetas y fue una modalidad de creación literaria que dio forma al canon de Occidente. A medida que se democratizaba, sin embargo, la traducción se fue volviendo una especie de profesión liberal de segunda fila, desligada de la creación literaria. El traductor dejó de ser un actor con voz propia en la escena cultural.

Si le ponemos un poco de humor al asunto, mi cuento puede recordar un poco a las Edades del Hombre que encontramos en los griegos, por ejemplo en los *Trabajos*

y los días de Hesíodo. De las edades divinas se pasa a la Edad Heroica y de ahí a la Edad de Hierro, el reino de la caída, donde los hombres, por cierto, instauran las fronteras nacionales y forjan espadas para pelearse por ellas.

Hay una historia fabulosa que ilustra la idea casi sagrada que debió de reinar sobre la traducción al principio de nuestra civilización. Es una de las mejores historias que he leído nunca sobre la traducción, y por eso mismo la he usado para abrir este «cuento». Es la historia de la Septuaginta, la «traducción de los setenta», que es como se llamó tradicionalmente a la primera traducción de la Biblia al griego.

La historia aparece por primera vez en la *Carta de Aristeas a Filócrates*, del siglo III a. C. Según ella, Ptolomeo II Filadelfo, rey de Egipto, quiso que la Biblioteca de Alejandría contuviera todos los libros del mundo, y eso incluía, claro, la Biblia hebrea. Para conseguir la Biblia, el rey pidió a Eleazar, sumo sacerdote del templo de Jerusalén, que le mandara a setenta y dos ancianos y sabios traductores («los mejores varones, y por su cultura excelentes»), seis de cada una de las tribus de Israel, para encargarse de la traducción de la Biblia al griego. Los setenta y dos traductores se encomendaron a Dios y fueron a trabajar a la isla de Faros. Allí, citando la versión de Filón de Alejandría:

Establecidos en lo secreto y sin otra compañía que los elementos de la naturaleza, tierra, agua, aire y cielo, sobre cuya génesis se aprestaban a realizar en primer lugar el tra-

bajo de hierofantes —pues la creación del mundo está en el principio de las leyes— inspirados por la divinidad como estaban, profetizaron, y no cada uno algo distinto, sino todos con los mismos sustantivos y los mismos verbos, como si a cada uno le dictara un apuntador invisible. Y sin embargo, ¿quién no sabe que todos los idiomas, en especial el griego, abundan en léxico y que el mismo pensamiento puede expresarse de muchas maneras?

Se había obrado el milagro. Las setenta y dos versiones eran idénticas, puesto que todas habían sido inspiradas por Yahvé. Los judíos de Alejandría, maravillados al oír la ley del pueblo judío en griego, exhortaron a los sacerdotes «a lanzar una maldición, según es usanza entre ellos, contra cualquiera que alterase, añadiendo, modificando o suprimiendo, el tenor de lo escrito; bien obraron, a fin de que fuera preservado incólume perpetuamente».

Los «Setenta Traductores» de la Biblia al griego son figuras sagradas. No solamente eran «sabios» por su estudio de las lenguas, sino que su inspiración era directa y literal: eran médiums de la traducción, imbuidos de la Mente Divina. Su rol desciende quizás del chamán prehistórico, al que algunos autores han especulado que se veneraba por su conocimiento mágico de las palabras de otras tribus. Puede incluso que su capacidad para entender distintos idiomas le otorgara dentro del grupo un poder parecido al del líder tribal. No tenemos manera de saberlo. Sin embargo, si algo de esta condición sagrada del traductor en el mundo primitivo llegó de alguna for-

ma a la Era Cristiana, la prueba podría ser el capítulo 2 de los Hechos de los Apóstoles:

Al llegar el día de Pentecostés, estaban [los Apóstoles] todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse. Había en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo. Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Con gran admiración y estupor decían: «¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua?».

Por supuesto, lo que hoy sabemos nos permite relativizar la leyenda de la Septuaginta. La paleografía y la filología nos enseñan que la traducción de la Biblia al griego fue obra de muchos traductores de distintas épocas. Los primeros procedían del judaísmo helenístico y los últimos de principios de la cristiandad. Primero se tradujo la Torá, o Pentateuco, y a lo largo de los dos o tres siglos siguientes se fueron vertiendo al griego el resto de los libros de la Biblia hebrea. Y sin embargo, aunque durante ese tiempo debieron de coexistir montones de variantes de los textos, de calidad y fidelidad desiguales, la versión mítica del nacimiento de la Septuaginta nos ayu-

da a entender mejor el posible residuo de un pensamiento primitivo sobre la traducción.

Más tarde, claro, los traductores perdieron su condición sagrada. Durante el periodo clásico y el Medioevo seguirían siendo individuos excepcionales, pero de forma más mundana. El sentido de su inspiración se volvería más figurado. En nuestro «cuento» de las Edades de la Traducción, pasaríamos de la Edad de Oro a la Edad Heroica. Puede que en ese periodo heroico no tuviéramos el mismo poder fáctico que los reyes, los papas o los señores de la guerra. Sin embargo, durante la Antigüedad y el Medioevo los traductores —a menudo figuras políticas y autoridades religiosas de renombre— ejercieron un poder enorme en el escenario político y cultural. Fueron vehículos cruciales del cambio histórico.

Cuesta imaginar un tiempo en que el intercambio cultural no fuera la norma sino la excepción. Hoy reina el multiculturalismo. Las escuelas del mundo desarrollado enseñan a los niños segundos y hasta terceros idiomas. La movilidad geográfica es cada vez más normal para una gran parte de la humanidad. Internet nos permite acceder a prácticamente cualquier producto cultural del mundo y a menudo nos ofrece su traducción. En la Antigüedad, sin embargo, el estudio de los idiomas y su trasvase era patrimonio de elegidos.

En Occidente, la Edad Heroica de la Traducción tiene su apoteosis en las traducciones al latín de la Biblia y el pensamiento griego, durante la Era Antigua y la Edad Media. Nuestra civilización es el producto de un tremen-

do flujo de intercambios culturales que empezaron en Oriente Próximo, con la escritura de la Biblia unos mil años antes de Cristo. La Biblia se tradujo al arameo y al griego al mismo tiempo que en Grecia florecía la cultura clásica. Con la llegada del Imperio romano en el siglo I de nuestra era, todo ese gigantesco corpus de pensamiento religioso y filosófico que fundamenta nuestra cultura podría haberse perdido, pero no fue ésa la política imperial: los romanos asumieron como suyo todo aquel legado. Eso propició que el flujo de transmisión cultural iniciado mil años atrás no se detuviera con la caída del Imperio, sino que el pensamiento griego y cristiano siguiera traduciendo durante toda la Edad Media, usando el latín como vehículo.

Puede parecer que todo ese proceso de transmisión cultural fue inevitable, una corriente demasiado poderosa para detenerse y que había de conducir *necesariamente* al mundo que hoy conocemos. Esta perspectiva es un espejismo, por supuesto. Desde el presente, siempre nos parece que todo tenía que conducir inevitablemente a nosotros. Sin embargo, no es así. Somos el resultado de las iniciativas y las intervenciones de una serie de individuos que facilitaron y promovieron esos intercambios culturales. Hablo de reyes y emperadores, por supuesto. Pero también de otras figuras menos versadas en el arte de la guerra.

Con la excepción del griego, los romanos no se dignaron aprender los idiomas de los pueblos que iban conquistando, sino que se limitaron a imponerles el suyo.

Al imponer un idioma imperial, Roma estableció también el idioma de destino de las traducciones de la Edad Heroica. Con el nacimiento del latín clásico en el siglo I d. C., nació también la necesidad de traducir todo el pensamiento griego y cristiano. El resultado final de esta unificación lingüística del Imperio es que la versión escrita del idioma de los romanos siguió siendo el principal vehículo de comunicación entre las culturas europeas durante más de mil años después de la caída del Imperio. Lo que hoy consideraríamos pura ceguera ante la diversidad cultural acabó siendo paradójicamente lo mejor que le podría haber pasado a Europa en términos de transmisión de su saber.

Y fueron los traductores latinos quienes tuvieron en sus cálamos el poder para dar forma al Imperio y a lo que vendría después.

Nadie ejemplifica la figura del traductor de la Edad Heroica mejor que Marco Tulio Cicerón, posiblemente el primer «traductor estrella» de Occidente. Como la mayoría de los grandes traductores de este periodo —muchos de ellos políticos, obispos o reyes—, fue una figura importante de la vida pública. Cicerón fue un líder político de los últimos años de la República romana, cónsul y portavoz del Senado en los tiempos de Pompeyo y Julio César.

Además, en los ratos libres que le dejaba la política, fue filósofo, politólogo, el orador más brillante de la Roma an-

tigua y uno de los traductores más importantes de Occidente. Se lo considera el prosista más importante de la lengua latina, con una influencia retórica y estilística que perduraría en todos los idiomas posteriores hasta el siglo XIX. Su influencia fue decisiva en la eclosión del Renacimiento y sobre todo en la Ilustración del siglo XVIII. Y gran parte de su influencia intelectual se debe a su tarea como traductor. Él introdujo entre los romanos las principales escuelas de la filosofía griega, y al hacerlo básicamente inventó el vocabulario filosófico del latín, introduciendo muchos neologismos que, con el tiempo, se convertirían en preceptos centrales del pensamiento europeo.

A medida que la influencia griega crecía en Roma, a partir del siglo II a. C., el griego se empezó a considerar una especie de idioma internacional, vinculado con el aprendizaje de la retórica. Aun así, la filosofía griega no se traducía. Lo normal era que los pocos romanos que la leían la leyeran en griego. No había tradición de traducirla, y en general se consideraba bastante imposible: la idea misma de coger los conceptos de la filosofía y traducirlos al latín resultaba chocante; imperaba la idea de que para eso habría que inventar un idioma nuevo, cosa impracticable. En este sentido Cicerón fue bastante excepcional entre los admiradores de la cultura griega de su tiempo. Él sí pensaba que la filosofía podía traducirse. Y a ello se dedicó durante la última parte de su vida.

De todo esto habla Cicerón en sus *Cuestiones académicas*, un tratado sobre la doctrina del escepticismo filosófico que publicó pasada la sesentena, cuando le falta-

ban dos años para morir. Para entonces, Cicerón ya había dejado bastante de lado el formato de los discursos y se dedicaba a escribir tratados filosóficos en forma de diálogos, a la manera socrática. Muchos de ellos eran traducciones, aunque traducciones a la manera romana: es decir, el traductor se tomaba todas las libertades que quería con el original y luego lo firmaba con su nombre. Por ejemplo, el tratado *Sobre los deberes* de Cicerón es una traducción libre del tratado *Sobre los deberes* del filósofo estoico griego Panecio.

Para cuando escribió las *Cuestiones académicas*, Cicerón ya se había ganado entre una parte de sus conciudadanos críticas de «falta de originalidad», precisamente porque traducía libros ajenos. En este tratado, cuenta Cicerón que hay quienes «quieren disuadirme en beneficio de otros campos de la autoría, afirmando que este tipo de composición, basada en la recreación elegante, es indigna de mi carácter y posición». El detalle nos permite entender un poco mejor la mentalidad imperante en una sociedad no acostumbrada a la traducción literaria: los romanos no concebían que se pudiera escribir el mismo libro en dos idiomas, les resultaba una idea demasiado extraña; por eso mismo, tachaban a Cicerón de no ser original, porque tenía libros que eran básicamente obras ajenas traducidas. La tarea del traductor no estaba tipificada y hacía saltar las alarmas.

En las *Cuestiones académicas*, Cicerón satiriza la mentalidad de los que amaban tanto la cultura griega que consideraban que no podía traducirse. En el tratado, le

atribuye esta actitud al anticuarista Marco Terencio Varrón, otro de sus grandes amigos. Dice Varrón:

Al ver que la filosofía había sido expuesta muy cuidadosamente en los tratados griegos, consideré que cualquier persona de nuestra nación que sintiera interés por el tema, si estuviera versada en las enseñanzas de los griegos, preferiría leer los textos griegos que los nuestros [...]. Pero eres consciente de que los Académicos no podemos hablar de cuestiones que están al alcance del lenguaje ordinario, sin emplear tecnicismos y sin recurrir ni a definiciones ni clasificaciones ni pruebas silogísticas [...]. Nosotros, en cambio, que obedecemos las normas de los lógicos y los oradores como si fueran leyes [...], estaríamos obligados a emplear términos novedosos, en relación con los cuales los eruditos, como he dicho, preferirán acudir a los griegos, de manera que todo nuestro esfuerzo sería en vano. [...] ¿Qué terminología, dime, habría de usar alguien para explicar por ejemplo la geometría, y a quién conseguiría hacérsela entender? [...] Pero a mis amigos que están interesados en este estudio, yo les digo que acudan a los griegos, para que puedan beber de las fuentes en vez de buscar meros arroyuelos.

Emprenden entonces una discusión sobre traducción en la que Cicerón va introduciendo términos nuevos para traducir conceptos griegos. Por ejemplo, discutiendo sobre la división que hace la filosofía griega entre el principio activo de la naturaleza (energía) y el pasivo (materia), Cicerón expone que al producto de energía y materia lo pueden llamar, «si se me permite el término, *qualidad* [*qualitas*], ya que estamos tratando con asuntos

inusuales que, por supuesto, de vez en cuando nos autorizan para usar palabras nunca oídas, como también hicieron los griegos, que llevan mucho tiempo tratando con estas cuestiones».

«Y lo haremos —le replica Ático—. Y hasta se te puede permitir emplear palabras griegas si resulta que no te alcanza con las latinas.» «Es muy amable de tu parte —dice Cicerón—, pero yo haré lo que pueda para hablar latín. [...] Y ciertamente, Varrón, creo que les estarás haciendo un gran servicio a tus compatriotas si no solamente amplías su colección de datos, tal como has hecho, sino también la de las palabras.» Es precisamente la operación que Cicerón llevó a cabo en su renovación de la lengua latina, inventando términos que la convirtieran en un idioma filosófico como el *qualitas* del párrafo anterior, y otros como *humanitas* (humanidad), *quantitas* (cantidad), *moralis* (moral) y *essentia* (esencia).

Puede argumentarse que Cicerón fue importante como político y como filósofo, y que su carrera de traductor solamente es relevante para una disciplina tan marginal como la Historia de la Traducción. Esta visión está mediatizada por la forma en que vemos hoy en día la traducción, como una actividad puramente técnica y comercial, desligada de cualquier instancia de poder.

En realidad, en el periodo que estoy describiendo, traducir era una actividad mucho más crucial social y políticamente. Cicerón llevó sus traducciones al primer plano de la vida intelectual y política. Los libros que eligió traducir tuvieron una influencia aplastante en el pensa-

miento de su época. En otras palabras, usó la traducción como arma política y cultural. Y eso lo convirtió en un primer espada de las guerras culturales de su época.

Ningún ámbito de la historia de Occidente muestra tan claramente este poder político y social de la traducción como la religión, y más concretamente el proceso de expansión de las religiones judía y cristiana a lo largo de los siglos. Fue el matrimonio entre traducción y religión judeocristiana lo que daría forma a Occidente. Un proceso que abarca desde la necesidad del pueblo judío de conservar sus textos revelados durante sus migraciones hasta la propagación del cristianismo por Europa y Asia Menor. Desde los targumanes de la Torá hasta la Contrarreforma, las traducciones sucesivas de los textos sagrados generaron cambios políticos, guerras y eclosiones religiosas. Obviamente, la traducción era necesaria para el progreso espiritual. De la misma forma, la religión fue crucial para el desarrollo de la traducción como disciplina. Jamás existió impulso más poderoso para estudiar otras lenguas y aprender a traducir: había que traducir el mensaje de Cristo para que todos los humanos pudieran acceder a la salvación.

Hay evidencias antiquísimas de este matrimonio entre traducción y religión. Llegado el siglo v a. C., por ejemplo, en Israel ya no se usaba el hebreo de forma corriente, sino que estaba relegado a la liturgia y a los textos oficiales. La lengua de uso común era el arameo, la

lengua de Cristo. Para que la gente entendiera las Escrituras, que estaban en hebreo, el rabino las leía directamente de la Torá. A su lado había un traductor, llamado el targumán, que se dedicaba a traducir versículo a versículo el texto que iba leyendo el rabino. Una de las razones de que los targumanes no tuvieran un mayor peso en la historia que nos ocupa, sin embargo, es que tenían prohibido poner sus traducciones por escrito. Era tabú pervertir los textos sagrados escribiéndolos bajo una forma distinta a la original.

Religión y traducción crecieron juntas en nuestra cultura, influyéndose y ayudándose mutuamente a crecer. A todas luces, la primera gran traducción conocida de nuestra cultura es la legendaria traducción de la Biblia judía al griego helenístico, la Septuaginta de la que he hablado al empezar este capítulo. ¿Qué llevó originalmente a traducir la Torá al griego? Pues lo mismo que había creado anteriormente la necesidad de los targumanes. Hacia mediados del siglo III a. C., muchos judíos de la diáspora se habían integrado completamente en la cultura helenística del centro y el este del Mediterráneo. Las colonias de judíos de Egipto y Alejandría, por ejemplo, ya no hablaban hebreo y prácticamente no lo entendían. Lo que hablaban era griego koiné, la lengua franca del Mediterráneo Oriental durante los periodos helenístico y romano. En otras palabras, necesitaban una traducción de sus textos sagrados.

El otro gran traductor estrella de la Antigüedad latina es, sin duda, san Jerónimo de Estridón, autor de la

primera traducción canónica de la Biblia al latín, conocida como la Vulgata de San Jerónimo. San Jerónimo era un célebre estudioso del latín nacido en el siglo IV en lo que hoy sería Croacia, por entonces Dalmacia. Igual que Cicerón, fue un tipo bastante excepcional. Dominaba el griego, como todo buen intelectual de su época, y había estudiado en Roma. Pero también viajó por Asia Menor y Oriente Próximo, donde aprendió idiomas, se convirtió al cristianismo, se ordenó sacerdote y, lo que es más importante para esta historia, se familiarizó con el hebreo. Esto último le dio tanto caché como traductor que a su regreso en Roma el papa Dámaso I le encomendó en el año 382 el mayor proyecto de traducción de la cristiandad: traducir la Biblia al latín.

Hasta san Jerónimo no existía ninguna traducción competente ni completa de la Biblia al latín. Había lo que se llamaba la *Vetus Latina*, que era un corpus de traducciones de libros sueltos de la Biblia, hechas a salto de mata en los siglos III y IV de nuestra era, a cargo de distintas personas que a menudo no daban la talla. La *Vetus Latina* estaba cargada de errores gramaticales, corrupciones y traducciones «palabra por palabra». Y lo que es más importante, todas las traducciones previas de la Biblia eran indirectas. Se habían hecho a partir del griego, ya que no había traductores de hebreo disponibles.

Jerónimo de Estridón se tomó el encargo como un héroe genuino. De entrada, se mudó a Belén para perfeccionar su hebreo. Empezó por la parte fácil, que era corregir las versiones latinas del Nuevo Testamento, cote-

jándolas con el hebreo. En el año 390 la emprendió con la parte dura, que era recopilar y traducir del hebreo todo el Antiguo Testamento. Tardó quince años, y el esfuerzo lo marcó para el resto de su vida. Hasta su muerte ya apenas hizo nada más que escribir comentarios a las escrituras. Su misión, sin embargo, fue un éxito brutal: su traducción sería canónica durante mil años.

Su canonización, por supuesto, fue más allá de lo puramente cultural: Jerónimo fue canonizado por la Iglesia gracias a sus trabajos y se convirtió en san Jerónimo, una operación que se entiende básicamente por la identificación en su caso entre las misiones de la traducción y la evangelización. No fue el único traductor que se convirtió en santo. Recordemos por ejemplo al obispo, misionero y traductor san Ulfilas, que tradujo la Biblia al godo en el siglo IV (gracias en parte a que pasó su infancia siendo cautivo de los tervingios, lo cual le permitió aprender godo).

¿Cómo se terminó la Edad Heroica de la Traducción? No hubo un proceso claro ni delimitado en el tiempo de pérdida de influencia de la traducción, aunque es cierto que en la Alta Edad Media se redujo drásticamente el volumen de traducciones. En parte fue porque la vida cultural quedó prácticamente restringida a los monasterios. Además, como el idioma de la cultura siguió siendo el latín, la élite ilustrada ya disponía de las traducciones de la Antigüedad clásica y tardía. Los traductores más célebres de

este periodo, como el senador romano Boecio, una importante figura de la política y la cultura del periodo, nacido en una de las familias más influyentes de Roma, trajeron sobre todo textos técnicos y científicos.

En realidad, después de la caída del Imperio romano en el siglo v, el conocimiento en Occidente del idioma y los textos griegos fue decayendo. La fragilidad del papiro significaba que los textos que no se hubieran copiado en pergamino (mucho más caro) acababan perdiéndose. Todavía se pudieron recuperar textos griegos con motivo del saqueo de Constantinopla, por ejemplo, o a través del árabe. El factor determinante, sin embargo, fue la decadencia del latín como lengua franca de la civilización. El latín medieval escrito seguía siendo una lengua institucional, pero el latín vulgar, que era el que hablaba la gente, evolucionó de formas divergentes en sus distintos territorios. Los hablantes de latín de zonas distintas ya no se entendían entre ellos. Habían nacido las lenguas vernáculas, los embriones de los idiomas europeos modernos.

Puede que la Edad Heroica de la Traducción no se hubiera terminado, pero sí la Edad Media. El Occidente que estaba a punto de nacer ya no se plegaría más a un solo idioma. La cultura, la ciencia y la literatura empezaron a traducirse a las lenguas vernáculas. Los traductores retuvieron una serie de roles cruciales: contribuyeron a desarrollar las lenguas vernáculas y a introducir en ellas nuevos recursos expresivos, por imitación de otras lenguas. En conjunción con el poder político o religioso, los

traductores (que a menudo eran parte de él) podían democratizar conocimientos y diseminarlos. Es la época de los grandes reyes traductores como Alfredo el Grande de Wessex o Alfonso X de Castilla, que estaban creando de forma activa las identidades nacionales y lingüísticas modernas.

Como es obvio, la situación de contacto lingüístico y cultural de las diferentes naciones generó una situación muy distinta a la condición casi taumatúrgica que habían tenido unos siglos atrás los traductores del griego o de la Biblia. En el siglo xv, por ejemplo, se sabe que Cristóbal Colón ya hablaba o escribía siete u ocho idiomas, y su caso no era muy distinto del de la mayoría de los comerciantes y marinos cultos del Mediterráneo. A medida que avanzaba la Era Moderna, el modelo del traductor fue dejando de ser el estadista o el líder religioso y cada vez fue más el poeta. La Edad Heroica estaba dejando paso gradualmente a lo que podemos llamar, recuperando a Hesíodo, una Edad de Hierro.